


A pair of decorative, golden wings with intricate feather patterns, positioned above the author's name.

Bram Stoker

A large, faded illustration of a Gothic-style building, possibly a cathedral or a grand manor house, with multiple spires and arched windows. The illustration is rendered in a light, golden-brown tone, matching the background of the cover.

La Casa del  
Juez

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **LA CASA DEL JUEZ**

**BRAM STOKER**

**PUBLICADO: 1891  
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en inglés disponible en [en.wikisource.org](http://en.wikisource.org)

# LA CASA DEL JUEZ

**BRAM STOKER**

Cuando se acercó la hora de su examen, Malcolm Malcolmson decidió ir a algún lugar para leer a solas. Temía las atracciones de la costa, y también temía el aislamiento completamente rural, pues de antaño conocía sus encantos, por lo que determinó encontrar algún pueblito sin pretensiones donde no hubiera nada que lo distrajera. Se abstuvo de pedir sugerencias a alguno de sus amigos, pues argumentó que cada uno le recomendaría algún lugar del que tuviera conocimiento y donde ya tuviera conocidos. Como Malcolmson deseaba evitar a los amigos, no quería cargar con la atención de los amigos de los amigos, por lo que decidió buscar un lugar para sí mismo. Empaquetó un maletín con algo de ropa y todos los libros que necesitaba, y luego tomó el billete para el primer nombre del horario local que no conocía.

Cuando, al cabo de tres horas de viaje, se apeó en Benchurch, se sintió satisfecho de haber borrado tanto sus huellas como para estar seguro de tener una oportunidad pacífica de proseguir sus estudios. Se dirigió directamente a la única posada que contenía el pequeño y soñoliento lugar, y se instaló para pasar la noche. Benchurch era un pueblo de mercado, y una vez cada tres semanas estaba abarrotado de gente, pero durante el resto de los

veintiún días era tan atractivo como un desierto. Al día siguiente de su llegada, Malcolmson buscó un alojamiento más aislado que el que ofrecía una posada tan tranquila como la del "Buen Viajero". Sólo hubo un lugar que le llamó la atención, y que ciertamente satisfacía sus ideas más descabelladas sobre la tranquilidad; de hecho, tranquilidad no era la palabra adecuada para aplicarla; desolación era el único término que transmitía una idea adecuada de su aislamiento. Se trataba de una vieja casa de estilo jacobino, de construcción pesada, con aguilonos y ventanas pesadas, inusualmente pequeñas y más altas de lo habitual en tales casas, y estaba rodeada por un alto muro de ladrillos de construcción maciza. De hecho, al examinarla, parecía más una casa fortificada que una vivienda ordinaria. Pero todas estas cosas le gustaban a Malcolmson. "Aquí", pensó, "está el lugar que he estado buscando, y si puedo tener la oportunidad de utilizarlo seré feliz". Su alegría aumentó cuando se dio cuenta, sin lugar a dudas, de que no estaba habitado en ese momento.

En la oficina de correos obtuvo el nombre del agente, que raramente se sorprendió ante la solicitud de alquilar una parte de la vieja casa. El señor Carnford, abogado y agente local, era un viejo y simpático caballero, y confesó con franqueza su alegría de que alguien estuviera dispuesto a vivir en la casa.

"A decir verdad", dijo, "estaría encantado, en nombre de los propietarios, de dejar que cualquiera tuviera la casa en alquiler gratis durante un período de años, aunque sólo fuera para acostumbrar a la gente de aquí a verla habitada. Ha estado tanto tiempo vacía que se ha creado una especie de prejuicio absurdo sobre ella, y la mejor manera de acabar con él es ocupándolo - añadió con una mirada socarrona a Malcolmson- por un erudito como usted, que quiere su tranquilidad durante un tiempo."

Malcolmson pensó que no era necesario preguntar al agente sobre el "absurdo prejuicio"; sabía que obtendría más información, si la necesitaba, sobre ese tema de otras fuentes. Pagó sus tres meses de alquiler, obtuvo un recibo y el nombre de una anciana que seguramente se encargaría de "hacer" por él, y se marchó con las llaves en el bolsillo. Luego se dirigió a la dueña de la posada, que era una persona alegre y muy amable, y le pidió consejo sobre las tiendas y provisiones que probablemente necesitaría. Ella levantó las manos asombrada cuando él le dijo dónde iba a instalarse.

"¡No en la Casa del Juez!", dijo ella, y se puso pálida al hablar. Él le explicó la ubicación de la casa, diciendo que no sabía su nombre. Cuando terminó, ella respondió:

"Sí, seguro, ¡seguro que es el mismo lugar! Es la Casa del Juez, seguro". Le pidió que le hablara del lugar, por qué se llamaba así, y qué había contra él. Ella le dijo que se llamaba así porque hacía muchos años -no podía decir cuánto tiempo, ya que ella misma era de otra parte del país, pero creía que debían ser cien años o más- que era la morada de un juez al que se tenía en gran estima por sus duras sentencias y su hostilidad hacia los prisioneros en los juicios. En cuanto a lo que había contra la casa, ella no podía decirlo. Había preguntado a menudo, pero nadie podía informarle; pero había un sentimiento generalizado de que había algo, y por su parte ella no quería ni coger todo el dinero del Banco de Drinkwater y permanecer en la casa ni una hora sola. Luego se disculpó con Malcolmson por su perturbadora charla.

"Es una lástima que yo, señor, y usted -y un joven caballero, además-, si me perdona que lo diga, vayamos a vivir allí solos. Si fueras mi hijo -y me vas a perdonar que te lo diga- no dormirías allí ni una noche, ¡ni aunque tuviera que ir yo mismo a tirar de la gran campana de alarma que hay en ese tejado!" La buena persona hablaba tan claramente en serio, y era tan amable en sus intenciones, que Malcolmson, aunque divertido, se sintió conmovido. Le dijo amablemente lo mucho que apreciaba su interés por él, y añadió:

"Pero, mi querida señora Witham, ¡no necesita preocuparse por mí! Un hombre que está leyendo para el "Mathematical Tripos" tiene demasiadas cosas en las que pensar como para dejarse perturbar por cualquiera de esos "algo" misteriosos, y su trabajo es demasiado exacto y prosaico como para permitirle tener un rincón en su mente para misterios de cualquier tipo. La progresión armónica, las permutaciones y combinaciones y las funciones elípticas tienen suficientes misterios para mí". La señora Witham se comprometió amablemente a ocuparse de sus encargos, y él mismo fue a buscar a la anciana que le habían recomendado. Cuando regresó con ella a la casa del juez, después de un intervalo de un par de horas, encontró a la propia señora Witham esperando con varios hombres y niños que llevaban paquetes, y un tapicero con una cama en un carro, pues dijo que, aunque las mesas y las sillas podían estar muy bien, una cama que no había sido ventilada durante quizá cincuenta años no era apropiada para que se acostaran los

huesos jóvenes. Evidentemente, ella tenía curiosidad por ver el interior de la casa; y aunque manifiestamente tenía tanto miedo de las "cosas" que al menor ruido se aferraba a Malcolmson, a quien no dejaba ni un momento, recorrió todo el lugar.

Después de examinar la casa, Malcolmson decidió instalarse en el gran comedor, que era lo suficientemente grande como para satisfacer todas sus necesidades; y la señora Witham, con la ayuda de la encargada de la limpieza, la señora Dempster, procedió a organizar todo. Cuando las cestas fueron traídas y desembaladas, Malcolmson vio que, con mucha previsión, había enviado desde su propia cocina suficientes provisiones para unos cuantos días. Antes de marcharse expresó toda clase de amables deseos; y en la puerta se volvió y dijo:

"Y tal vez, señor, como la habitación es grande y tiene corrientes de aire, sería bueno que pusiera uno de esos grandes biombos alrededor de su cama por la noche, aunque, a decir verdad, yo mismo me moriría si tuviera que estar encerrado con toda clase de "cosas" que ponen sus cabezas a los lados, o por encima, y me miran". La imagen que había evocado era demasiado para sus nervios, y huyó con incontinencia.

La señora Dempster olfateó con aire de superioridad cuando la casera desapareció, y comentó que, por su parte, no temía a todos los duendes del reino.

"Le diré lo que es, señor", dijo; "los duendes son todo tipo y clase de cosas... ¡excepto los duendes! Ratas y ratones, y escarabajos, y puertas que crujen, y pizarras sueltas, y cristales rotos, y tiradores de cajones tiesos, que se quedan fuera cuando tiras de ellos y luego se caen en medio de la noche. ¡Mira el armazón de la habitación! Es viejo, ¡tiene cientos de años! ¿Cree que no hay ratas y escarabajos ahí? ¿Y se imagina, señor, que no verá ninguno de ellos? Las ratas son duendes, le digo, y los bogies son duendes; ¡y no llegue a pensar otra cosa!"

"Señora Dempster", dijo Malcolmson gravemente, haciéndole una cortés reverencia, "¡usted sabe más que un vaquero! Y permítame decirle que, como muestra de estima por su indudable solvencia de cabeza y corazón, cuando me vaya le daré la posesión de esta casa, y le dejaré quedarse aquí sola durante los dos últimos meses de mi arrendamiento, pues cuatro semanas me servirán."

"¡Gracias amablemente, señor!", respondió ella, "pero no podría dormir fuera de mi casa ni una noche. Estoy en la Caridad de Greenhow, y si durmiera una noche fuera de mis habitaciones perdería todo lo que tengo para vivir. Las reglas son muy estrictas; y hay demasiados que buscan una vacante para que yo corra algún riesgo en el asunto. Sólo por eso, señor, vendría con gusto a atenderle durante toda su estancia".

"Mi buena mujer", dijo Malcolmson apresuradamente, "he venido aquí a propósito para obtener la soledad; y créame que estoy agradecido al difunto Greenhow por haber organizado de tal manera su admirable caridad -sea lo que sea- que se me niega forzosamente la oportunidad de sufrir semejante forma de tentación. El mismísimo San Antonio no podría ser más rígido al respecto".

La anciana rió con dureza. "Ah, ustedes, jóvenes caballeros", dijo, "no temen por nada; y parece que aquí tendrá toda la soledad que desea". Se puso a trabajar en la limpieza; y al anochecer, cuando Malcolmson regresó de su paseo -siempre llevaba uno de sus libros para estudiar mientras caminaba- encontró la habitación barrida y ordenada, un fuego ardiendo en el viejo hogar, la lámpara encendida y la mesa preparada para la cena con la excelente comida de la señora Witham. "Esto sí que es reconfortante", dijo, mientras se frotaba las manos.

Cuando terminó la cena y levantó la bandeja hasta el otro extremo de la gran mesa de roble, sacó de nuevo sus libros, puso leña fresca en el fuego, encendió la lámpara y se puso a trabajar de verdad. Siguió trabajando sin pausa hasta las once, cuando se retiró un rato para arreglar el fuego y la lámpara y prepararse una taza de té. Siempre había sido un bebedor de té, y durante su vida universitaria se había sentado hasta tarde en el trabajo y había tomado el té hasta tarde. El descanso era un gran lujo para él, y lo disfrutaba con una sensación de deliciosa y voluptuosa facilidad. El fuego renovado saltaba y chispeaba, y arrojaba pintorescas sombras a través de la gran y antigua habitación; y mientras sorbía su té caliente se deleitaba en la sensación de aislamiento de los suyos. Entonces empezó a notar por primera vez el ruido que hacían las ratas.

"Seguramente", pensó, "no pueden haber estado en ello todo el tiempo que estuve leyendo. Si lo hubieran hecho, lo habría notado". Al cabo de un rato, cuando el ruido aumentó, se convenció de que era realmente nuevo.

Era evidente que al principio las ratas se habían asustado ante la presencia de un extraño y la luz del fuego y de la lámpara; pero con el paso del tiempo se habían vuelto más audaces y ahora se divertían como era su costumbre.

¡Qué ocupadas estaban! ¡Y escuchad los extraños ruidos! Subían y bajaban por detrás del viejo armazón, por el techo y por debajo del suelo, y corrían, roían y arañaban. Malcolmson sonrió para sí mismo al recordar el dicho de la señora Dempster: "¡Los duendes son ratas, y las ratas son duendes!". El té empezó a surtir su efecto de estímulo intelectual y nervioso, vio con alegría otra larga temporada de trabajo por hacer antes de que pasara la noche, y en la sensación de seguridad que le daba, se permitió el lujo de echar un buen vistazo a la habitación. Tomó su lámpara en una mano y recorrió todo el lugar, preguntándose cómo una casa tan pintoresca y hermosa había sido descuidada durante tanto tiempo. La talla del roble en los paneles del arrimadero era muy fina, y en las puertas y ventanas y alrededor de ellas era hermosa y de raro mérito. Había algunos cuadros antiguos en las paredes, pero estaban tan cubiertos de polvo y suciedad que no podía distinguir ningún detalle, aunque sostenía su lámpara tan alto como podía sobre su cabeza. Aquí y allá, mientras daba vueltas, vio alguna grieta o agujero bloqueado por un momento por la cara de una rata con sus ojos brillantes que resplandecían a la luz, pero en un instante desapareció, y le siguieron un chillido y un correteo. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue la cuerda de la gran campana de alarma del techo, que colgaba en un rincón de la habitación, a la derecha de la chimenea. Acercó a la chimenea una gran silla de roble tallado de respaldo alto y se sentó a tomar su última taza de té. Una vez hecho esto, preparó el fuego y volvió a su trabajo, sentándose en la esquina de la mesa, con el fuego a su izquierda. Durante un rato las ratas le molestaron un poco con su perpetuo correteo, pero se acostumbró al ruido como uno se acostumbra al tic-tac de un reloj o al rugido del agua en movimiento, y se sumergió tanto en su trabajo que todo en el mundo, excepto el problema que estaba tratando de resolver, pasó de largo.

De repente levantó la vista, su problema seguía sin resolverse, y había en el aire esa sensación de la hora que precede al amanecer, que es tan temible para la vida incierta. El ruido de las ratas había cesado. De hecho, le parecía que debía haber cesado hacía poco y que era el repentino cese lo que le ha-

bía perturbado. El fuego se había apagado, pero seguía emitiendo un intenso resplandor rojo. Cuando miró, se sobresaltó a pesar de su sangre fría.

Allí, en el gran sillón de roble tallado con respaldo alto, junto al lado derecho de la chimenea, estaba sentada una enorme rata que lo miraba fijamente con ojos tormentosos. Hizo un movimiento hacia ella, como si quisiera ahuyentarla, pero no se movió. Entonces hizo el movimiento de lanzar algo. Pero no se movió, sino que mostró sus grandes y blancos dientes con rabia, y sus crueles ojos brillaron a la luz de la lámpara con una mayor venganza.

Malcolmson se sintió asombrado, y cogiendo el atizador de la chimenea corrió hacia ella para matarla. Sin embargo, antes de que pudiera golpearla, la rata, con un chillido que sonaba como la expresión del odio, saltó al suelo y, subiendo por la cuerda de la campana de alarma, desapareció en la oscuridad más allá del alcance de la lámpara de color verde. Al instante, por extraño que parezca, comenzó de nuevo el ruidoso correteo de las ratas en el armazón.

Para entonces, Malcolmson ya no pensaba en el problema, y cuando un estridente canto de gallo le informó de la proximidad de la mañana, se fue a la cama a dormir.

Durmió tan profundamente que ni siquiera se despertó cuando la señora Dempster entró a arreglar su habitación. Sólo se despertó cuando la señora Dempster ordenó el lugar y preparó el desayuno y golpeó el biombo que cerraba su cama. Todavía estaba un poco cansado después de la dura noche de trabajo, pero una fuerte taza de té pronto lo refrescó y, tomando su libro, salió a dar su paseo matutino, llevando consigo unos cuantos sándwiches para que no le importara volver hasta la hora de la cena. Encontró un tranquilo paseo entre altos olmos a las afueras de la ciudad, y allí pasó la mayor parte del día estudiando su Laplace. A su regreso, fue a ver a la señora Witham para agradecerle su amabilidad. Cuando ella lo vio entrar por el ventanal de su recinto, salió a recibirlo y lo invitó a pasar. Lo miró escudriñando y sacudió la cabeza mientras decía:

"No debe exagerar, señor. Esta mañana está usted más pálido de lo que debería. Unas horas demasiado largas y un trabajo demasiado duro para el cerebro no son buenos para ningún hombre. Pero dígame, señor, ¿cómo ha pasado la noche? Bien, espero. Pero, ¡corazón! Señor, me alegré cuando la

señora Dempster me dijo esta mañana que estaba usted bien y durmiendo profundamente cuando entró".

"Oh, estaba bien", contestó él, sonriendo, "los "algo" no me preocuparon, todavía. Sólo las ratas; y tenían un circo, te digo, por todo el lugar. Había un viejo demonio de aspecto malvado que se sentó en mi propia silla junto al fuego, y no se fue hasta que le llevé el atizador, y entonces corrió por la cuerda de la campana de la alarma y se metió en algún lugar de la pared o del techo... no pude ver dónde, estaba tan oscuro."

"¡Piedad por nosotros!", dijo la señora Witham, "¡un viejo diablo, y sentado en una silla junto a la chimenea! ¡Tenga cuidado, señor! ¡Tenga cuidado! Hay muchas palabras verdaderas dichas en broma".

"¿Qué quiere decir? Pon mi palabra que no entiendo".

"¡Un viejo diablo! El viejo diablo, tal vez. Ya está, señor, no hace falta que se ría", pues Malcolmson había prorrumpido en un alegre grito. "Ustedes, los jóvenes, creen que es fácil reírse de cosas que hacen temblar a los mayores. No importa, señor, no importa. Por favor, Dios, os reiréis siempre. Es lo que yo mismo deseo", y la buena señora se sonrió en simpatía con su diversión, desapareciendo por un momento sus temores.

"¡Oh, perdóneme!", dijo Malcolmson en seguida. "No piense que soy grosero; pero la idea era demasiado para mí: ¡que el viejo diablo en persona estaba en la silla anoche!" Y al pensarlo, volvió a reírse. Luego se fue a casa a cenar.

Esta noche el correteo de las ratas comenzó más temprano; de hecho, había estado ocurriendo antes de su llegada, y sólo cesó mientras su presencia, por su novedad, las perturbaba. Después de la cena se sentó un rato junto al fuego y fumó, y luego, tras recoger la mesa, se puso a trabajar como antes. Esta noche las ratas le molestaron más que la noche anterior. ¡Cómo correteaban arriba y abajo y por debajo y por encima! Cómo chillaban, arañaban y roían. Cómo, poco a poco, se fueron haciendo más audaces y se acercaron a las bocas de sus agujeros y a los resquicios, grietas y hendiduras del revestimiento, hasta que sus ojos brillaron como pequeñas lámparas cuando la luz del fuego subía y bajaba. Pero para él, sin duda acostumbrado a ellos, sus ojos no eran malvados; sólo le conmovía su carácter juguetón. A veces, los más atrevidos hacían incursiones en el suelo o a lo largo de las molduras

del arrimadero. De vez en cuando, cuando le molestaban, Malcolmson hacía un ruido para asustarlos, golpeando la mesa con la mano o dando un feroz "Hsh, hsh", de modo que huían enseguida a sus agujeros.

Así transcurrió la primera parte de la noche, y a pesar del ruido Malcolmson se sumergió cada vez más en su trabajo.

De pronto se detuvo, como la noche anterior, al ser invadido por una repentina sensación de silencio. No había el más leve sonido de roer, ni de arañar, ni de chillar. El silencio era como el de una tumba. Recordó el extraño suceso de la noche anterior, e instintivamente miró la silla que estaba cerca de la chimenea. Y entonces una sensación muy extraña le recorrió.

Allí, en el gran sillón de roble tallado de respaldo alto, junto a la chimenea, estaba sentada la misma rata enorme, mirándole fijamente con ojos torvos.

Instintivamente tomó lo más cercano a su mano, un libro de logaritmos, y se lo arrojó. El libro estaba mal apuntado y la rata no se movió, así que de nuevo se repitió la actuación de póquer de la noche anterior; y de nuevo la rata, perseguida de cerca, huyó por la cuerda de la campana de alarma. Extrañamente, la partida de esta rata fue seguida instantáneamente por la renovación del ruido hecho por la comunidad de ratas en general. En esta ocasión, como en la anterior, Malcolmson no pudo ver en qué parte de la habitación desapareció la rata, porque la sombra verde de su lámpara dejaba la parte superior de la habitación a oscuras, y el fuego había ardido poco.

Al mirar su reloj, descubrió que se acercaba la medianoche; y, sin lamentar la diversión, encendió el fuego y se preparó su tetera nocturna. Había trabajado mucho y se creyó con derecho a un cigarrillo, así que se sentó en la gran silla de roble ante el fuego y lo disfrutó. Mientras fumaba empezó a pensar que le gustaría saber dónde había desaparecido la rata, pues tenía ciertas ideas para el día siguiente que no tenían nada que ver con una trampa para ratas. En consecuencia, encendió otra lámpara y la colocó de manera que brillara bien en la esquina derecha de la pared junto a la chimenea. Luego cogió todos los libros que llevaba consigo y los colocó a mano para lanzárselos a las alimañas. Por último, levantó la cuerda de la campana de alarma y colocó el extremo de la misma sobre la mesa, fijando el extremo bajo la lámpara. Al manipularla, no pudo evitar notar lo flexible que era, sobre todo para una cuerda tan fuerte y que no estaba en uso. "Se podría

colgar a un hombre con ella", pensó. Una vez hechos los preparativos, miró a su alrededor y dijo complacido

"¡Ya está, amiga mía, creo que esta vez aprenderemos algo de ti!" Comenzó de nuevo su trabajo, y aunque, como antes, le molestó un poco el ruido de las ratas, pronto se perdió en sus propuestas y problemas.

Nuevamente fue llamado a su alrededor de forma repentina. Esta vez no fue sólo el súbito silencio lo que llamó su atención; hubo un ligero movimiento de la cuerda y la lámpara se movió. Sin moverse, miró si su pila de libros estaba a su alcance, y luego echó un vistazo a lo largo de la cuerda. Mientras miraba, vio que la gran rata se descolgaba de la cuerda sobre el sillón de roble y se sentaba allí mirándolo con fijeza. Levantó un libro con la mano derecha y, apuntando con cuidado, se lo lanzó a la rata. Ésta, con un rápido movimiento, se apartó y esquivó el proyectil. Luego tomó otro libro, y un tercero, y los lanzó uno tras otro a la rata, pero cada vez sin éxito. Por fin, cuando estaba con un libro preparado en la mano para lanzarlo, la rata chilló y pareció asustada. Esto hizo que Malcolmson estuviera más ansioso que nunca por golpear, y el libro voló y le dio a la rata un golpe contundente. La rata emitió un chillido aterrorizado y, dirigiendo a su perseguidor una mirada de terrible malevolencia, corrió hacia el respaldo de la silla y dio un gran salto hacia la cuerda de la campana de alarma y subió por ella como un rayo. La lámpara se tambaleó bajo el súbito esfuerzo, pero era pesada y no se volcó. Malcolmson no perdió de vista a la rata y la vio, a la luz de la segunda lámpara, saltar a una moldura del arrimadero y desaparecer por un agujero en uno de los grandes cuadros que colgaban de la pared, oscurecido e invisible por su capa de suciedad y polvo.

"Buscaré la morada de mi amiga por la mañana", dijo el estudiante, mientras se acercaba a recoger sus libros. "El tercer cuadro de la chimenea; no lo olvidaré". Recogió los libros uno a uno, comentándolos a medida que los levantaba. "Las Secciones Cónicas no le importan, ni las Oscilaciones Cíclicas, ni los Principia, ni los Cuaterniones, ni la Termodinámica. Ahora, el libro que le trajo". Malcolmson lo cogió y lo miró. Al hacerlo, se sobresaltó y una repentina palidez cubrió su rostro. Miró a su alrededor con inquietud y se estremeció ligeramente, mientras murmuraba para sí mismo

"¡La Biblia que me regaló mi madre! Qué extraña coincidencia". Se sentó de nuevo a trabajar, y las ratas del armazón volvieron a hacer de las suyas.

Sin embargo, no le molestaron; de alguna manera, su presencia le dio una sensación de compañía. Pero no pudo dedicarse a su trabajo, y después de esforzarse por dominar el tema que tenía entre manos, lo abandonó con desesperación, y se fue a la cama cuando el primer rayo del amanecer entraba por la ventana del este.

Durmió pesadamente, pero de forma incómoda, y soñó mucho; y cuando la señora Dempster lo despertó por la mañana, parecía no estar a gusto, y durante unos minutos no pareció darse cuenta de dónde estaba exactamente. Su primera petición sorprendió a la sirvienta.

"Sra. Dempster, cuando salga hoy me gustaría que sacara los escalones y quitara el polvo o lavara esos cuadros -especialmente el tercero de la chimenea-, quiero ver qué son".

A última hora de la tarde, Malcolmson trabajaba con sus libros en el sombreado paseo, y la alegría del día anterior volvió a él a medida que avanzaba el día, y descubrió que su lectura progresaba bien. Había resuelto satisfactoriamente todos los problemas que hasta entonces le habían desconcertado, y fue en un estado de júbilo que hizo una visita a la señora Witham en "El Buen Viajero". Encontró a un extraño en la acogedora sala de estar con la propietaria, que le fue presentado como el Dr. Thornhill. La señora no se encontraba muy a gusto, y esto, combinado con el hecho de que el doctor se lanzara de inmediato a una serie de preguntas, hizo que Malcolmson llegara a la conclusión de que su presencia no era un accidente, por lo que, sin previo aviso, dijo:

"Dr. Thornhill, le responderé con mucho gusto a cualquier pregunta que quiera hacerme si antes responde a la mía".

El doctor pareció sorprendido, pero sonrió y contestó de inmediato: "¡Hecho! ¿De qué se trata?"

"¿Le pidió la señora Witham que viniera a verme y a aconsejarme?"

El Dr. Thornhill se quedó por un momento desconcertado, y la Sra. Witham se puso muy roja y se dio la vuelta; pero el médico era un hombre franco y dispuesto, y contestó enseguida y abiertamente

"Lo hizo: pero no pretendía que usted lo supiera. Supongo que fue mi torpeza y mi prisa lo que le hizo sospechar. Me dijo que no le gustaba la idea de que estuvieras solo en esa casa, y que pensaba que tomabas demasiado té

fuerte. De hecho, quiere que le aconseje, si es posible, que deje el té y las horas de trabajo. Yo fui como un estudiante entusiasta en mi época, así que supongo que puedo tomarme la libertad de un universitario, y sin ofender, aconsejarte no del todo como un extraño".

Malcolmson, con una brillante sonrisa, le tendió la mano. "¡Dale la mano! como se dice en América", dijo. "Debo agradecerle su amabilidad y también la de la señora Witham, y su amabilidad merece un retorno por mi parte. Prometo no tomar más té fuerte -nada de té hasta que usted me lo permita- y me iré a la cama esta noche a la una como muy tarde. ¿Le parece bien?"

"Excelente", dijo el doctor. "Ahora cuéntenos todo lo que has notado en la vieja casa", y así Malcolmson contó con minucioso detalle todo lo que había sucedido en las dos últimas noches. La señora Witham le interrumpía de vez en cuando con alguna exclamación, hasta que finalmente, cuando contó el episodio de la Biblia, las emociones reprimidas de la dueña de la casa se desahogaron en un grito; y no fue hasta que se le administró una copa de coñac con agua que se recompuso. El Dr. Thornhill escuchó con un rostro de creciente gravedad, y cuando la narración se completó y la Sra. Witham se restableció, preguntó:

"¿La rata siempre subía por la cuerda de la campana de alarma?"

"Siempre".

"Supongo que sabe", dijo el doctor tras una pausa, "qué es la cuerda".

"¡No!"

"¡Es", dijo el doctor lentamente, "la misma cuerda que el verdugo utilizó para todas las víctimas del rencor judicial del Juez!" Aquí fue interrumpido por otro grito de la señora Witham, y hubo que tomar medidas para su recuperación. Malcolmson miró su reloj y descubrió que estaba cerca de la hora de la cena, por lo que se fue a casa antes de que se recuperara por completo.

Cuando la señora Witham volvió a ser ella misma, estuvo a punto de asaltar al doctor con preguntas airadas sobre lo que quería decir al meter en la mente del pobre joven ideas tan horribles. "Ya tiene bastante con lo que le molesta", añadió. El Dr. Thornhill respondió:

"¡Mi querida señora, tenía un claro propósito en ello! Quería llamar su atención sobre la cuerda de la campana y fijarla allí. Puede ser que se encuentre en un estado de sobrecarga, y que haya estado estudiando demasiado, aunque debo decir que parece un joven tan sano y saludable, mental y corporalmente, como jamás he visto... pero entonces las ratas... y esa sugerencia del diablo." El médico sacudió la cabeza y continuó. "Me habría ofrecido a ir y quedarme la primera noche con él, pero estaba seguro de que habría sido motivo de ofensa. Puede que durante la noche tenga algún susto extraño o una alucinación; y si es así, quiero que tire de esa cuerda. Tal y como está de solo, nos dará un aviso, y puede que lleguemos a tiempo de servirle. Me quedaré despierto hasta muy tarde esta noche y mantendré los oídos abiertos. No te alarmes si Benchurch se lleva una sorpresa antes de la mañana".

"Oh, doctor, ¿qué quiere decir? ¿Qué quiere decir?"

"Quiero decir esto; que posiblemente - no, más bien, probablemente - oiremos la gran campana de alarma de la Casa del Juez esta noche", y el doctor hizo una salida tan efectiva como se podía pensar.

Cuando Malcolmson llegó a su casa se encontró con que era un poco más tarde de su hora habitual, y que la señora Dempster se había marchado; las reglas de la Caridad de Greenhow no se podían descuidar. Se alegró de ver que el lugar estaba brillante y ordenado, con un alegre fuego y una lámpara bien recortada. La noche era más fría de lo que cabía esperar en abril, y un fuerte viento soplaba con una fuerza que aumentaba rápidamente y que hacía presagiar una tormenta durante la noche. Durante unos minutos después de su entrada, el ruido de las ratas cesó; pero tan pronto como se acostumbraron a su presencia, comenzaron de nuevo. Se alegró de oírlas, porque sintió de nuevo la sensación de compañía en su ruido, y su mente se remontó al extraño hecho de que sólo dejaron de manifestarse cuando aquella otra -la gran rata de ojos torvos- entró en escena. Sólo estaba encendida la lámpara de lectura, cuya sombra verde mantenía el techo y la parte superior de la habitación en la oscuridad, de modo que la alegre luz del hogar que se extendía por el suelo y brillaba sobre el paño blanco colocado en el extremo de la mesa era cálida y alegre. Malcolmson se sentó a cenar con buen apetito y espíritu alegre. Después de la cena y de un cigarrillo, se puso a trabajar con firmeza, decidido a no dejar que nada le perturbara, pues recordaba su

promesa al doctor y se propuso aprovechar al máximo el tiempo de que disponía.

Durante una hora, más o menos, trabajó bien, y luego sus pensamientos empezaron a alejarse de sus libros. Las circunstancias reales que le rodeaban, las llamadas a su atención física y su susceptibilidad nerviosa no podían ser negadas. Para entonces el viento se había convertido en un vendaval, y el vendaval en una tormenta. La vieja casa, a pesar de su solidez, parecía temblar hasta sus cimientos, y la tormenta rugía y se desataba a través de sus numerosas chimeneas y sus extraños y viejos frontones, produciendo extraños y sobrenaturales sonidos en las habitaciones y pasillos vacíos. Incluso la gran campana de alarma del tejado debió de sentir la fuerza del viento, porque la cuerda subía y bajaba levemente, como si la campana se moviera un poco de vez en cuando, y la cuerda de acero caía sobre el suelo de roble con un sonido duro y hueco.

Mientras la escuchaba, Malcolmson se acordó de las palabras del doctor: "Es la cuerda que el verdugo utilizaba para las víctimas del rencor judicial del juez", y se acercó a la esquina de la chimenea y la tomó en la mano para mirarla. Parecía tener una especie de interés mortal, y mientras permanecía allí se perdió por un momento en la especulación sobre quiénes eran esas víctimas, y el sombrío deseo del Juez de tener una reliquia tan espantosa siempre bajo sus ojos. Mientras permanecía allí, el balanceo de la campana en el tejado seguía levantando la cuerda de vez en cuando; pero en seguida se produjo una nueva sensación: una especie de temblor en la cuerda, como si algo se moviera a lo largo de ella.

Mirando instintivamente hacia arriba, Malcolmson vio a la gran rata que bajaba lentamente hacia él, mirándole fijamente. Dejó caer la cuerda y retrocedió con una maldición murmurada, y la rata volvió a subir por la cuerda y desapareció, y en el mismo instante Malcolmson se dio cuenta de que el ruido de las ratas, que había cesado durante un rato, comenzaba de nuevo.

Todo esto lo puso a pensar, y se le ocurrió que no había investigado la guarida de la rata ni había mirado los cuadros, como era su intención. Encendió la otra lámpara sin pantalla y, sosteniéndola, se situó frente al tercer cuadro de la chimenea, en el lado derecho, donde había visto desaparecer a la rata la noche anterior.

Al primer vistazo se echó atrás tan repentinamente que casi dejó caer la lámpara, y una palidez mortal cubrió su rostro. Le temblaban las rodillas, le caían gruesas gotas de sudor en la frente y temblaba como un álamo. Pero era joven y valiente, y se recompuso, y tras la pausa de unos segundos volvió a dar un paso adelante, levantó la lámpara y examinó el cuadro, que había sido limpiado y desempolvado, y que ahora se veía claramente.

Se trataba de un juez vestido con sus ropas de escarlata y armiño. Su rostro era fuerte y despiadado, malvado, astuto y vengativo, con una boca sensual, una nariz ganchuda de color rojizo y con forma de pico de ave de rapiña. El resto de la cara era de color cadavérico. Los ojos eran de un brillo peculiar y con una expresión terriblemente maligna. Al mirarlos, Malcolmson se quedó helado, pues vio allí la mismísima contraparte de los ojos de la gran rata. La lámpara casi se le cayó de la mano, vio a la rata con sus ojos tormentosos asomando por el agujero de la esquina del cuadro, y notó el repentino cese del ruido de las otras ratas. Sin embargo, se recompuso y siguió examinando el cuadro.

El juez estaba sentado en un gran sillón de roble tallado de respaldo alto, a la derecha de una gran chimenea de piedra en la que, en un rincón, colgaba del techo una cuerda cuyo extremo estaba enrollado en el suelo. Con una sensación de algo parecido al horror, Malcolmson reconoció la escena de la habitación tal y como estaba, y miró a su alrededor con asombro, como si esperara encontrar alguna presencia extraña detrás de él. Luego miró hacia la esquina de la chimenea y, con un fuerte grito, dejó caer la lámpara de su mano.

Allí, en el sillón del Juez, con la cuerda colgando detrás, estaba sentada la rata con los ojos tormentosos del Juez, ahora intensificados y con una mirada diabólica. Salvo el aullido de la tormenta en el exterior, había silencio.

La lámpara caída hizo reaccionar a Malcolmson. Afortunadamente, era de metal, por lo que el aceite no se derramó. Sin embargo, la necesidad práctica de atenderla calmó de inmediato su nerviosa aprensión. Cuando lo hubo apagado, se secó la frente y pensó un momento.

"Esto no funcionará", se dijo a sí mismo. "Si sigo así, me convertiré en un loco. Esto debe terminar. Le prometí al doctor que no tomaría té. ¡Y vaya si tenía razón! Mis nervios debían de estar en un estado extraño. Es

curioso que no lo haya notado. Nunca me he sentido mejor en mi vida. Sin embargo, todo está bien ahora, y no volveré a ser tan tonto".

Entonces se preparó una buena copa de brandy con agua y se sentó con decisión a trabajar.

Pasó casi una hora cuando levantó la vista de su libro, perturbado por la repentina quietud. En el exterior, el viento aullaba y rugía más fuerte que nunca, y la lluvia caía a raudales contra las ventanas, golpeando los cristales como si fuera granizo; pero en el interior no se oía nada más que el eco del viento al rugir en la gran chimenea, y de vez en cuando un silbido cuando unas pocas gotas de lluvia se abrían paso por la chimenea en una tregua de la tormenta. El fuego había bajado y había dejado de arder, aunque arrojaba un resplandor rojo. Malcolmson escuchó con atención y enseguida oyó un ruido fino y chirriante, muy débil. Procedía de la esquina de la habitación donde colgaba la cuerda, y pensó que era el crujido de la cuerda en el suelo cuando el balanceo de la campana la subía y la bajaba. Sin embargo, al levantar la vista, vio en la penumbra a la gran rata que se aferraba a la cuerda y la roía. La cuerda ya estaba casi roída; podía ver el color más claro donde los hilos quedaban al descubierto. Mientras miraba, el trabajo se completó y el extremo cortado de la cuerda cayó estrepitosamente sobre el suelo de roble, mientras que por un instante la gran rata permaneció como un pomo o una borla en el extremo de la cuerda, que ahora comenzó a oscilar de un lado a otro. Malcolmson sintió por un momento otra punzada de terror al pensar que ahora se había cortado la posibilidad de llamar al mundo exterior en su ayuda, pero una intensa ira ocupó su lugar, y agarrando el libro que estaba leyendo lo lanzó contra la rata. El golpe estaba bien dirigido, pero antes de que el proyectil pudiera alcanzarle, la rata se dejó caer y golpeó el suelo con un suave golpe. Malcolmson se precipitó al instante hacia ella, pero ésta se alejó corriendo y desapareció en la oscuridad de las sombras de la habitación. Malcolmson sintió que su trabajo había terminado por esta noche, y decidió en ese momento variar la monotonía de los procedimientos con una cacería de la rata, y quitó la pantalla verde de la lámpara para asegurar una luz más amplia. Al hacerlo, la penumbra de la parte superior de la habitación se disipó, y en el nuevo torrente de luz, grande en comparación con la oscuridad anterior, los cuadros de la pared se destacaban audazmente. Desde su posición, Malcolmson vio justo enfrente de él el tercer

cuadro de la pared a la derecha de la chimenea. Se frotó los ojos, sorprendido, y luego un gran temor comenzó a invadirlo.

En el centro del cuadro había una gran mancha irregular de lienzo marrón, tan fresca como cuando estaba extendida en el bastidor. El fondo era como antes, con la silla, la chimenea y la cuerda, pero la figura del juez había desaparecido.

Malcolmson, casi con un escalofrío de horror, se dio la vuelta lentamente, y entonces empezó a temblar como un hombre con parálisis. Sus fuerzas parecían haberle abandonado, y era incapaz de actuar o moverse, apenas de pensar. Sólo podía ver y oír.

Allí, en la gran silla de roble tallado y de alto respaldo, estaba sentado el juez con sus ropas de escarlata y armiño, con sus ojos tormentosos mirando vengativamente, y una sonrisa de triunfo en la boca resuelta y cruel, mientras levantaba con sus manos una gorra negra. Malcolmson sintió como si la sangre corriera por su corazón, como ocurre en los momentos de prolongado suspenso. Sin embargo, había un canto en sus oídos, podía oír el rugido y el aullido de la tempestad, y a través de él, arrastrado por la tormenta, llegaba el toque de la medianoche por las grandes campanadas de la plaza del mercado. Permaneció durante un espacio de tiempo que le pareció interminable, quieto como una estatua, y con los ojos muy abiertos y horrorizados, sin aliento. A medida que el reloj daba las campanadas, la sonrisa de triunfo en el rostro del juez se intensificaba, y al sonar la última campanada de la medianoche se colocó la gorra negra en la cabeza.

Lenta y deliberadamente, el juez se levantó de su silla y recogió el trozo de cuerda de la campana de alarma que yacía en el suelo, lo pasó por sus manos como si disfrutara de su tacto, y luego empezó a anudar deliberadamente un extremo, dándole forma de lazo. Lo apretó y lo probó con el pie, tirando con fuerza de él hasta que estuvo satisfecho y luego haciendo un nudo corredizo con él, que sostuvo en la mano. Luego comenzó a moverse a lo largo de la mesa, en el lado opuesto al de Malcolmson, sin dejar de mirarlo hasta que lo hubo rebasado, cuando con un rápido movimiento se paró frente a la puerta. Malcolmson comenzó entonces a sentir que estaba atrapado, y trató de pensar en lo que debía hacer. Había una cierta fascinación en los ojos del juez, que nunca le quitó de encima, y tuvo, forzosamente, que mirar. Vio que el juez se acercaba, manteniéndose aún entre él y la puerta, y

que levantaba el lazo y lo lanzaba hacia él como si quisiera enredarlo. Con un gran esfuerzo hizo un rápido movimiento hacia un lado, y vio que la cuerda caía a su lado, y oyó cómo golpeaba el suelo de roble. Una vez más, el juez levantó el lazo y trató de atraparlo, manteniendo siempre sus ojos tormentosos fijos en él, y cada vez, con un gran esfuerzo, el estudiante logró evadirlo. Así transcurrió durante muchas veces, sin que el Juez pareciera desanimarse ni incomodarse por el fracaso, sino que jugaba como un gato con un ratón. Al menos en la desesperación, que había llegado a su clímax, Malcolmson lanzó una rápida mirada a su alrededor. La lámpara parecía haberse encendido, y había una luz bastante buena en la habitación. En los numerosos agujeros de las ratas y en los resquicios del armazón vio los ojos de las ratas; y este aspecto, que era puramente físico, le dio un brillo de consuelo. Miró a su alrededor y vio que la cuerda de la gran campana de alarma estaba cargada de ratas. Cada centímetro de la misma estaba cubierto de ellas; y cada vez más se colaban por el pequeño agujero circular del techo del que salía, de modo que con su peso la campana empezaba a balancearse.

La campana se balanceó hasta que el badajo tocó la misma. El sonido era minúsculo, pero la campana sólo empezaba a oscilar, y aumentaría.

Al oír el sonido, el juez, que había mantenido los ojos fijos en Malcolmson, levantó la vista y una mueca de ira diabólica cubrió su rostro. Sus ojos brillaban como carbones ardientes y dio un pisotón que pareció hacer temblar la casa. Un espantoso trueno estalló en lo alto cuando volvió a levantar la cuerda, mientras las ratas seguían subiendo y bajando la cuerda como si trabajaran a contrarreloj. Esta vez, en lugar de lanzarla, se acercó a su víctima y mantuvo abierto el lazo mientras se acercaba. A medida que se acercaba, parecía haber algo que paralizaba su presencia, y Malcolmson se quedó rígido como un cadáver. Sintió que los dedos helados del juez le tocaban la garganta mientras ajustaba la cuerda. El lazo se tensó, se apretó. Entonces el Juez, tomando la forma rígida del estudiante en sus brazos, lo llevó y lo colocó de pie en la silla de roble, y dando un paso al lado, levantó la mano y agarró el extremo de la cuerda oscilante de la campana de alarma. Al levantar la mano, las ratas huyeron chillando y desaparecieron por el agujero del techo. Tomando el extremo de la soga que rodeaba el cuello de Malcolmson, la ató a la cuerda de la campana colgante, y luego, descendiendo, retiró la silla.

Cuando la campana de alarma de la Casa del Juez comenzó a sonar, pronto se reunió una multitud. Aparecieron luces y antorchas de diversos tipos, y pronto una multitud silenciosa se apresuró a llegar al lugar. Llamaron a la puerta con fuerza, pero no hubo respuesta. Entonces irrumpieron en la puerta y entraron en el gran comedor, con el médico a la cabeza.

Allí, en el extremo de la cuerda de la gran campana de alarma, colgaba el cuerpo del estudiante, y en el rostro del juez de la foto había una sonrisa maligna.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO  
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**